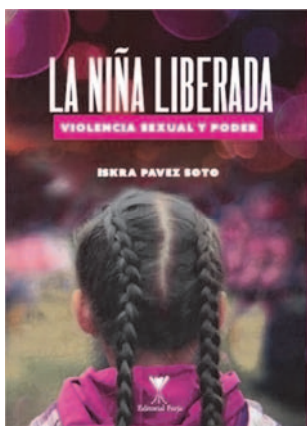


Un comentario sobre la libertad. Presentación del libro de Iskra Pavez: *La niña liberada*

DOI: 10.5281/zenodo.34275



Iskra PAVEZ SOTO

Editorial Forja

Agosto 2015, 238 pp.

ISBN: 978-956-338-184-9

La referencia a la libertad que hace el título de este libro me parece profundamente sugerente, y tal vez por una razón que va más allá de lo que su autora, Iskra Pavez, tenía en mente cuando lo tituló. Estoy pensando en el vínculo con el epígrafe con el que abre: *“En la medida en que realmente se pueda superar el pasado, esa superación consistirá en narrar lo que sucedió”*.

No es tanto el contenido de esta frase como la autora lo que me hace detenerme: Hannah Arendt. Para Arendt, la libertad consiste en romper la línea de lo probable, ir en contra de lo natural, la determinación del destino. La libertad es ruptura con el determinismo natural de la vida atada a la vida biológica, la supervivencia. La melodía de fondo del libro de Iskra es de ruptura con la determinación del abuso. Se podría haber llamado revolución sin ningún problema.

La libertad de la niña liberada, de Iskra, es respecto del trauma del abuso, el incesto, que muchas veces conduce a la destrucción, a la esclavitud del trauma mismo. Claro que la liberación no es una condición permanente. Este relato heroico habla de la constante lucha por la liberación. Una de las cosas maravillosas de leer este libro conociendo un poco a Iskra es que ella no vive de y para su trauma: su identidad no es la del trauma, sino la del compromiso, la lucha, la liberación suya y de otras y otros que son esclavizados por el abuso y el dolor. El dolor está presente a lo largo de todo el libro también, pero a modo de resorte de acción, de lo que es testigo no sólo este libro, sino toda la producción académica y existencial de Iskra.

Este libro es una liberación. Testimonio de una niña liberada del silencio, o más bien del *silenciamiento*. Sólo así logro comprender por qué el título del libro

hace referencia al poder. Porque el silencio es impuesto a la víctima mediante el sometimiento de la violencia simbólica del poder abusivo. Y este es un relato de una lucha por la liberación del poder del silenciamiento. Si el silencio es la piedra angular del abuso sexual infantil, recuperar, reconstruir la palabra, el logos, es la piedra angular de la libertad.

¿Cómo se impone el silencio a una víctima?

Se impone a través de un discurso social que legitima el uso abusivo del poder de los adultos sobre los niños y niñas, como va explicando Iskra en su libro, con referencias teóricas, pero también con un relato existencial que es una cicatriz viva y milagrosamente elocuente.

El silencio de la niñez se cuele hasta en el nombre de la infancia – sin voz, sin historia, sin defensa – impuesto por nosotros, los adultos, que por alguna razón tenemos miedo a la voz de los niños. Le tenemos miedo a esa otra manera de mirar el mundo cuando creíamos que la única manera de mirarlo es la de los procesos de producción, evaluación, explotación de los demás y del mundo sin ningún sentido. La voz de la niñez es un llamado al sentido. En lugar de sentido, tenemos una educación masificada y masificadora que evalúa resultados sin garantizar los procesos que podrían conducir a esos resultados, menos aún el sentido. Iskra tiene razón al culpar del abuso también a la concepción adultocéntrica del mundo, esa que ve a la niñez ni siquiera como objeto de protección, sino de propiedad de los padres o los adultos en general.

El libro de Iskra es una denuncia contra el discurso abusivo silenciante (si me permiten esta palabra) que se arraiga en la *culpabilización* de los niños y niñas, y en su sacrificio. En la imposibilidad que tenemos todos de entrada de convivir con el absurdo del abuso, el maltrato, la violencia de quienes se supone que están ahí para cuidarnos. Como no podemos convivir con ese absurdo, reinventamos la realidad para culparnos, para darle algo de coherencia al dolor infringido injusta, absurdamente.

El silencio de las víctimas se impone por la vergüenza de haber sido objeto de humillación, de haber sido expuesto a ese dolor. Por miedo a ser patologizado por otros o por uno mismo; a ser cuestionado en la sexualidad. Por miedo a ser estigmatizado como víctima en una cultura en que es más vergonzoso ser víctima que victimario.

El silencio se instala por miedo a ser culpabilizado, responsabilizado por la violencia de la que un niño o niña ha sido víctima. En esto tal vez el abuso sexual infantil supera toda vulneración imaginable, puesto que por la configuración perversa del poder llega a arrebatar incluso el derecho de la víctima a sentirse víctima. Hasta en la tortura las víctimas guardan en sí derecho de sentirse víctimas, de tener algún concepto de justicia que los libere del absurdo. Por relatos de tortura, sabemos que el dolor corporal puede llegar a difuminar ese límite. Pero en el abuso sexual infantil ese límite viene roto de entrada, sobre todo en casos como el de Iskra, donde el agresor es parte del círculo más íntimo de confianza familiar: el padre. Así, la culpa la debe cargar la víctima hasta que algún acto de justicia, por mínimo e íntimo que sea, cumple su rol primario que es, según Ricoeur, ordenar el rol de la víctima y del victimario. Devolver a la víctima su derecho a sentirse víctima para luego dejar de serlo. Pero el proceso lo requiere.

El silencio se impone por el miedo a ser responsabilizado de la violencia de la víctima es objeto, como lo explica Iskra (p. 69), de no haber sabido resistir, de no haber luchado. Iskra, con 4 años quería luchar contra toda la fuerza del mundo. Con este libro, la venciste. Me acuerdo de un sacerdote que fue víctima de abuso que decía que en algunas relaciones abusivas la única defensa que tiene una víctima consiste en entregarse a su victimario. ¿Eso lo hace cómplice de su propia victimización? Tenemos mucho que aprender de relatos como este que nos ayudan a ordenar el mundo de la víctima.

Tu libro, Iskra, es un relato generoso, un relato que cuida a quien lo lee. No sólo se libera del trauma, sino que lo explica. Es una explosión de sentido, de una lucidez enorme.

Es un relato que cuestiona, e interpela. Nos interpela como comunidad nacional: qué estamos haciendo por tantos niños y niñas que viven las vulneraciones que vivió Iskra. Y la vida de Iskra y su compromiso son una respuesta en acción.

Tu dolor compartido me duele. Me interpela porque me duele y me duele hondo. Por ti, por tu historia, por tu biografía herida y heroica. Heroica porque supera toda probabilidad de transformarse en biografía. Lo normal, lo probable, lo natural o naturalizado, era que se quedara en el silencio, en secreto como el 95% de los casos de abuso sexual infantil en nuestro país. Pero no, rompiste el secreto, pudiste enfrentar la estrategia del silencio con la estrategia de la palabra.

Nada puede borrar tus cicatrices. Tal vez es una figura de las cicatrices que relatas en tu historias y que querías borrar hasta que aprendiste a estar incluso orgullosa de ellas, como una “herida de guerra” de la que hablas en el libro. Que no es otra cosa que la herida del héroe, como Ulyses, que es reconocido por Euriclea gracias a la cicatriz de su pierna. Como si no fuera sino la herida cicatrizada la que le da la identidad al héroe como héroe.

Me duele tu biografía y sólo me hace desear lo imposible: que no hubieras sufrido lo que sufriste. Pero esas son tus cicatrices y están ahí para mostrar camino. Para luchar para que otros no sufran lo que sufriste. No sólo la violencia del abuso en sí, sino de la falta de respuesta.

Para mí el eje de tu libro es una pregunta que ralla con lo absurdo de la propia violencia:

“A veces me pregunto, ¿si yo hubiera contado en ese momento a los milicos toda la violencia de la cual yo era víctima, ellos le habrían dado la importancia que amerita a este asunto? ¿Hubieran usado esto como un argumento para sus intereses políticos sin importarles el bienestar infantil? ¿Hubieran solidarizado con mi papá, en tanto hombres, minimizando estos hechos sin darles la gravedad que revisten? Frente a los milicos, ¿mi mamá hubiera apoyado mis acusaciones o las habría minimizado diciendo que son imaginaciones de niña? ¿Los milicos habrían creído en las palabras de una niña de siete años, que vivía en extrema pobreza en Colina? Considerando el contexto social, económico e histórico en el cual sucedieron estas vicisitudes, es poco probable que los milicos se compadecieran de mí e hicieran algo: yo era la menor de mi familia, niña, mujer y muy pobre, vivía en una vivienda social que parecía un gran fundo durante la dictadura militar. Por todos esos factores, mi situación de vulnerabilidad se acentuaba. Quizá yo misma intuía esta enorme desventaja en la que estaba situada, por eso, intenté sobreponerme y luchar con las escasas herramientas que tuve a mi alcance, sin solicitar la ayuda de los milicos en ese momento. Sin embargo, años más tarde exigiría el apoyo y la protección de la policía y las instituciones judiciales de Colina y de Santiago, que en ese entonces, no fueron capaces de ver lo que estaba ocurriendo al interior de mi familia. ¿Serán capaces esas instituciones judiciales de brindar la reparación y justicia que requiere una mujer adulta sobreviviente de abuso sexual infantil? ¿Estarán a la altura de estas demandas éticas?” (p. 98-99).

Tu pregunta cuestiona y derrumba, desde el dolor desnudo, toda ideología, toda dictadura. El que luchaba contra el dictador se había vuelto un despiadado

dictador. Las ideologías no nos libran del abuso de poder. Las ideologías nos desdoblán desconectan de nuestro origen: la tierra, el mundo y su llamado desde el dolor, el sufrimiento, el hambre, la injusticia, hacia la acción. Tu biografía, Iskra, es la victoria sobre la dictadura, sobre todo la dictadura del silencio del abuso.

Tu relato es generoso porque no sólo compartes tu tristeza, sino que nos consuelas a nosotros mismos por tu dolor, por el dolor de tu relato. Tal vez como si este consuelo pudiera consolar también tu propio dolor histórico, o darle algún nuevo sentido.

Me siento orgulloso por estar aquí como invitado a comentar tu libro, Iskra. Gracias por invitarme.

José Andrés Murillo.